

## LOS CRÍMENES DE AURIKA

José Hugo Fernández

### Fragmento

De la novela homónima (Editorial Plaza, 2011).

--\*\*\*--

**E**s de noche en la cárcel. Todas las cárceles son partes de una sola. Igual que en una sola noche se condensan todos los vapores del verano en La Habana. Afuera debe haber luna llena, ya que esta noche la celda sin ventanas está menos oscura. Tampoco hace falta mucha luz para lo que hay que ver. Un cubículo de rústica mampostería, barrotes en la puerta, un hueco negro en el piso y una litera con dos camas. El hombre de la cama de abajo está sentado. Fuma despaciosamente e incesante. Un destello rojizo le ilumina fugazmente el rostro cada vez que se lleva el cigarro a los labios. Entonces se le pueden distinguir mejor los ojos grandes, saltones y al parecer muy irritados. En la cama de arriba está acostado otro hombre. Pero es probable que no duerma porque mantiene abierto un ojo, el único de que dispone, ya que el restante lo lleva tapiado con un monóculo de tela negra. El que está acostado es flaco y largo, tan largo (o quizá la cama sea tan corta) que sus pies descalzos sobresalen, restregándose uno contra el otro en el vacío con una especie de frívolo nerviosismo. Eres un cocuyo –le dice a su convecino-, no has pegado los ojos en toda la noche. El de los ojos saltones responde que no tiene sueño. No es que no tengas sueño, es que tienes miedo, acusa el largo con un tinte de burla. Ante lo que inquiere el otro: ¿miedo a qué, por qué, de quién? De mí, de quién va a ser, ha precisado el largo, como al descuido. Y el hombre que está sentado se limita a exclamar: Ah, claro, no más faltara... Su tono es seco, muy bajo, balbuceante, impersonal.

Desde más allá de los barrotes que demarcan la celda y aun desde más allá del retinto pasillo que la aísla del resto del edificio, se alarga cierto murmullo infrahumano. Debe ser algún preso que gimotea o maldice o se lamenta o reza. No es posible discernirlo. Sólo se le entienden con dudosa claridad las expresiones “ay Dios mío”, “ay mi madre”, y sólo muy de vez en vez. Los de la litera guardan silencio. Podría ser que estén intentando desentrañar aquel murmullo. No lo van a conseguir. Lo saben. Pero quizá no deje de resultarles un ejercicio entretenido. Así que permanecen callados

durante lentos y muy espesos minutos mientras la noche se aplasta contra sí misma, como queriendo reconcentrarse en el macizo oscuro. Hasta que al cabo vuelve a hablar el hombre largo de la cama de arriba: ¿Temes que te sorprenda dormido?, le ha disparado al otro, que se esfuerza por lucir sereno y de buen talante. No lo había pensado –rebate-, pero gracias por avisarme. El largo insiste: desde el lunes que me trasladaron para acá no he visto que te acuestes a dormir ni un minuto, y hoy es viernes. El de los ojos saltones habrá de responder que duerme a ratos, sentado, tiene esa costumbre. Pero el otro no le da respiro. Arguye con cizaña que encima de imitar a los elefantes al no acostarse nunca para dormir, también imita a los murciélagos en la costumbre de cerrar los ojos únicamente en los horarios diurnos. Aquél le espeta con un tanto de acritud: ¿y por eso has creído que te tengo miedo? Éste reafirma: sí, lo creo. El hombre que está sentado masculla entonces, sin quitarse el cigarro de la boca: Es lógico que pienses que te tengo miedo, aquí todos te temen; aunque más les vale, por lo que se cuenta. El hombre que está acostado dice que lo que se cuenta sobre él es asunto exclusivamente suyo y que al otro no debiera importarle. Además –añade, ligeramente conciliador-, aquí hay que hacerse respetar, o de lo contrario terminas lavándole los calzoncillos a toda la morralla carcelaria. Ahora es el de los ojos saltones quien amaga con tomar la ofensiva: aquí y en todas partes –puntualiza- uno puede hacerse respetar sin necesidad de andar matando a las personas. El largo se incorpora a medias en la cama y deja caer la cabeza hacia abajo para mirarlo mientras le pregunta: ¿Qué me estás queriendo decir? Nada, Dios me libre, se apura a responder el otro, arqueando la boca. Hace como si concentrara todos sus sentidos en el acto de encender un nuevo cigarro con los restos de brasa del anterior. Así no se ve en la obligación de dar respuesta a la mirada que lo busca inquisitivamente desde arriba.

Por fin el largo deja de mirarlo. Se tiende otra vez en la cama, reconviéndole: a ver si mides tus palabras; una cosa es que esté pudriéndome entre cuatro paredes por haber tenido que ajustarle las cuentas a un par de atravesados, y otra bien distinta es que tenga que aguantar que venga alguien como tú a lanzarme ofensas a la cara. El otro inquiera con acento suave, casi ininteligible: ¿nada más que a un par le has ajustado las cuentas? El que está acostado aclara que da igual que fuesen dos o veinte. Y cuando el otro insinúa que seguramente dejó de contarlos desde el segundo en adelante, vuelve a aclarar que nunca los contó, pues el número no tuvo nunca la más mínima importancia para él, ni antes ni después del segundo. ¿Por qué?, le interesaría saber al que está sentado. El que está acostado hace como si declamara: es cuestión sanitaria, una mera cuestión sanitaria. Y es ahí cuando el otro repone, irónico: a Electra le sienta bien el luto. Vuelve a escucharse entonces el rumor de aquel que gimotea a lo lejos. Y de seguida el hombre largo le dice a su convecino que se le nota que no conoció a El Científico. ¿Qué científico es ese?, intenta averiguar el de los ojos saltones. Pero no hay respuesta.

El hombre que estaba acostado se tira de la cama y avanza hasta la orilla enrejada. Sólo necesita dar dos pasos con sus piernas largas que preceden al cuerpo, muy flaco, huesoso, maletudo, siempre en tensión y presto a restallar, como un alambre con alto voltaje. Pega la cabeza a los barrotes y clava los ojos en la oscuridad intentando taladrarla. Tal vez piensa que si pudiera ver al que reza o gimotea a lo lejos, lograría descifrar el contenido de sus palabras.

Pero pronto desiste y se vuelve hacia el que está sentado, susurrando con voz profunda, de inflexión feminoide, a pesar de su base rasposa: Ese está buscándole la quinta pata al gato, horas y más horas con la misma letanía; no se va a controlar hasta que el guardia le suene otra vez su buena dosis de culatazos. Ay Dios... parece replicar desde lejos el que gimotea, mientras el hombre largo regresa a su cama y se acuesta.

Entretanto, el hombre sentado en la cama de abajo ha estado observando discretamente al largo. Y ahora le pregunta: ¿Por qué llevas siempre ese parche sobre el ojo izquierdo, igual que un pirata? Para verte mejor, ironiza el otro, al tiempo que escarba con una mano debajo de su colchoneta, de donde terminará extrayendo un libro y, dentro del libro, una diminuta linterna de pilas, parecida a un bolígrafo, cuyo hilo de luz debe servirle para leer sin llamar la atención de los guardias. El que está sentado enciende un nuevo cigarro con la colilla del anterior. Luego se levanta y da unos pasos para estirar las piernas. Al ver que su convecino se ha puesto a leer con el auxilio de la pequeña linterna, sonríe y le increpa con sorna: estás violando el reglamento por partida doble, al leer a deshoras y al poseer un artefacto cuyo uso se nos prohíbe. El largo no mueve sus labios ni aparta la vista del libro. El otro vuelve a pincharlo: Aunque no me extrañaría que te hayan dado una autorización especial, dicen que aquí eres como una especie de huésped VIP.

Ya que tampoco en esta ocasión ha conseguido respuesta, el hombre de los ojos saltones opta por ser menos agresivo. ¿Qué lees?, pregunta ahora en tono neutral. El que está acostado le muestra la portada del libro, enfocándola con el hilo de luz de su linterna. Él lee en alta voz: *La noche de los asesinos*. El hombre largo retoma su lectura y él continúa dando pasitos en silencio durante unos minutos, antes de pararse otra vez al lado del otro para preguntarle: ¿Es una novela policíaca? La aclaración le llegará después de un intervalo más o menos prolongado. Es una obra de teatro, dice el largo. ¿Y cuántos son los asesinos que hay en la noche? Nuevamente el de los ojos saltones no ha podido o no ha querido sustraerse a la tentación de rociar su veneno. Pero el otro se muestra repentinamente desinteresado por la porfía. Ha cerrado el libro, vuelve a ocultarlo debajo de la colchoneta, y contesta que depende de la noche que el de los ojos saltones tenga en mente. Dice que si se está refiriendo a la noche de la historia que recrea el libro, los asesinos no pasan de tres, pero si su pregunta abarca otras noches, cualesquiera que sean, aquí o donde fuera, entonces le va a resultar muy difícil precisar la cifra de asesinos, ya que hay demasiados, incluso hay demasiados asesinos para cada una de las noches del mundo, las desbordan. Sin transición, añade que esa cuenta tal vez podría sacarla fácilmente el de los ojos saltones si, tal como le dijo con anterioridad, hubiese tenido la suerte de conocer a El Científico. Explica que el llamado Científico era psicólogo de profesión y que estuvo preso en esta cárcel, pero antes de caer preso trabajaba aquí mismo, donde se ganaría una condena de cuatro años tras las rejas por haber aprovechado la impunidad de su cargo para dedicarse a vender drogas entre los reclusos. ¿Tan corta condena por algo tan grave?, cuestiona el de los ojos saltones, interrumpiéndole. Pero su reparo tiene sin cuidado al largo, para quien la brevedad de la condena pudo responder al hecho lógico de que El Científico era jefe en este mismo sistema de prisiones, cree que con el grado de capitán. Lo importante, insiste, es lo que él decía, y El Científico decía que todos somos asesinos, puesto que todos, en algún momento, acariciamos la idea de ver

muerto a alguien. ¿Todos los que estamos aquí adentro?, ha vuelto a preguntar el otro. El largo especifica que aquí y en todas partes, que los asesinos somos todos, todo el tiempo. Dice que El Científico decía que una vez que deseaste la muerte de otro, el resto es poca cosa. Si no se la pelas con tus manos eso no significa que no sigas pensando como un criminal. Será porque no tienes cojones o no encuentras el modo de hacerlo sin que te descubran.

El hombre de los ojos saltones ha vuelto a sentarse en su cama. Prende otro cigarro y lo chupa con desazón de vicioso: tres, cinco, nueve veces consecutivas. Luego arguye en medio de una bocanada: No es sólo una cuestión de cojones, también están los escrúpulos. El largo objeta, retomando el porte cínico: ¿Escrúpulos... eso se come? No se come pero alimenta, como diría un personaje de novela, dilucida el otro. Por lo cual el largo le aconseja que se dedique a lo que le conviene en vez de perder el tiempo coleccionando frasecitas librescas para salir de apuro. Pues por el camino que vas –resume, a la vez que intenta mirarle derecho a los ojos saltones-, podrías echar raíces en la cárcel. ¿Tú vas a darme esa oportunidad?, pregunta el que está sentado. ¿Yo?, pregunta el que está acostado, como si no entendiera. El otro recalca: ¿dejarás que me salgan raíces aquí adentro? ¿Pero quién soy yo?, vuelve a preguntar el largo. Su convecino sonrío arqueando nuevamente los labios sin dejar de chupar su cigarro. Luego acota: Si tú me lo permites, tal vez muera de viejo entre rejas. Tengo cincuenta y dos años cumplidos y debo cumplir veinte de condena. Pero puedes estar seguro de que no echaré raíces dentro de esta jaula pestilente. Estoy sepultado. Y para echar raíces hubieran tenido que sembrarme.

El hombre largo que está acostado se ha sorprendido, o hace como si se sorprendiera, al enterarse de que el otro cumple una condena de veinte años de prisión. Supone que debe haber cometido un delito muy grave para que lo castigaran tan severamente sin ser un asesino, y así se lo comenta al otro. Le dice que por lo menos deben haberlo sorprendido espiando para la CIA, y termina preguntándole sardónicamente: ¿En verdad tú eras uno de esos agentes secretos tan peligrosos? Qué agente ni agente, rechista el otro. Digo lo que dicen, se parapeta el largo. El de la cama de abajo eleva una especie de agria y contenida carcajada en dirección a la cama de arriba. Y añade: Lamento decepcionarte, quizás te dijeron que yo era un monstruo al servicio del enemigo imperial, como en aquellas películas de George Lucas; pero no llegué más que a disidente político muerto de hambre, sin derecho a empleo, ni a vida privada, ni a juicio justo, sólo por pertenecer a un partido de la oposición. ¿Oposición?, inquiera el de la cama de arriba, haciendo como que no conoce el significado de la palabra. Esa ni se come ni alimenta, dice el otro. ¿Y por algo así te guardan veinte años en el tanque?, vuelve a preguntar el largo, pero no espera respuesta para soltar su sentencia: No lo creo. El otro le dice: Allá tú. Yo no, tú, dice el largo. Allá los dos, tercia el de la cama de abajo.